

*Charles J. Esdaile*

Departamento de Historia  
Universidad de Liverpool  
epsom@liverpool.ac.uk

## El cerro fatal: la batalla de La Albuera contada por los participantes británicos

The fatal hill. The battle of La Albuera told  
by the British participants

**Resumen:** Librada el 16 de mayo de 1811 en el interior de Extremadura, la batalla de La Albuera fue uno de los encuentros más sangrientos de toda la Guerra de la Independencia española: en menos de ocho horas cayeron o resultaron heridos alrededor de doce mil soldados británicos, franceses, españoles y portugueses en un espacio físico de no más de 3 km<sup>2</sup>. No existen muchos relatos de los tres últimos grupos nacionales, pero un número significativo de soldados británicos contaron en sus diarios, cartas y memorias, los pormenores de su lucha en aquella cruenta jornada. Estos relatos son una fuente muy valiosa de información utilizada en el presente trabajo para reconstruir los hechos de aquel día a la vez que se ofrece una visión gráfica de la naturaleza del combate en la época napoleónica. Con respecto al significado de la batalla se sugiere que la experiencia de los franceses resultó tan traumática que muchos mandos imperiales concluyeron que haber lanzado ataques frontales sobre las tropas anglo-portuguesas del Ejército del general Arthur Wellesley, futuro duque de Wellington, había sido un ejercicio totalmente inútil, cuestionándose la habilidad de sus fuerzas en la península Ibérica y cómo mantener la iniciativa estratégica.

**Palabras clave:** Guerra de la Independencia española, batalla de La Albuera, duque de Wellington, Jean-de-Dieu Soult, Francisco Ballesteros, Francisco Javier Castaños, Extremadura.

**Abstract:** Fought on the 16th of May 1811, in the depths of Extremadura, the battle of Albuera was one of the bloodiest encounters of the Spanish Peninsular War: in less than eight hours, around 12,000 British, French, Spanish and Portuguese soldiers were killed or wounded, the vast majority of them in an area measuring no more than three square kilometres. Personal accounts from the last three of these national groups are almost non-existent. Still a significant number of British soldiers described the day in vivid terms in diaries, letters and memoirs, the result being a mass of evidence that is here used to reconstruct the events of the day in minute detail and at the same time provide a graphic insight into the nature of combat in the age of Napoleon. Concerning the significance of the battle, meanwhile, it is suggested that so traumatic was the French experience that it led many imperial commanders to conclude that launching frontal attacks on the Anglo-Portuguese troops of General Arthur Wellesley, future

Duke of Wellington's army was futile, the result being that significant curbs were placed on the ability of the French forces in the Iberian peninsula to seize and, still more importantly, maintain the strategic initiative.

**Keywords:** Spanish War of Independence (Peninsular War), battle of La Albuera, Duke of Wellington, Jean-de-Dieu Soult, Francisco Ballesteros, Francisco Javier Castaños, Extremadura.

Librada el 16 de mayo de 1811 la batalla de La Albuera fue sin duda el combate más sangriento de toda la Guerra de la Independencia española. En menos de ocho horas, cayeron más de doce mil soldados, la gran mayoría en una zona de no más de 3 km<sup>2</sup> en cada dirección. El general británico Robert Long escribió: «Nunca vi una escena de matanza igual. El campo de batalla fue una carnicería»<sup>1</sup>. Sin embargo, este combate no es interesante solamente por su inmenso coste humano. También se da el caso de que, como sitio, este campo de batalla casi no ha cambiado en los últimos doscientos años. El pueblo de La Albuera ha crecido poco, y aunque la autopista de Badajoz a Sevilla pasa por sus alrededores y un gran polígono industrial oscurece la vista de la posición aliada desde el puesto de mando francés, el campo de batalla se mantiene y puede convertirse en un verdadero documento histórico cuyo estudio resulta muy fructífero a la hora de intentar entender la marcha de aquellos acontecimientos bélicos.

Este artículo no trata sobre la historia de la batalla como tal, sino de combinar aquel documento histórico con las voces de sus participantes en la lucha en un intento de crear un cuadro verbal de una contienda cuya ferocidad todavía tiene la capacidad de helar la sangre. Se admite que la perspectiva es profundamente británica debida a la riqueza extraordinaria que nos ofrecen las memorias y otras fuentes primarias escritas por los oficiales y soldados ingleses que lucharon bajo el mando del mariscal William Carr Beresford. No por eso tenemos ninguna intención de negar la contribución de las fuerzas portuguesas y españolas al triunfo defensivo que finalmente se consiguió, ni tampoco el hecho de que los soldados franceses y polacos que constituyeron las fuerzas enemigas también experimentaron los combates como seres humanos y, además, dignos de memoria y reconocimiento<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> [R. B. Long], *Peninsular Cavalry General (1811-13). The Correspondence of Lieutenant-General Robert Ballard Long*, ed. T. H. McGuffie, Londres 1951, p. 106.

<sup>2</sup> El texto básico para la marcha de los acontecimientos en la batalla de La Albuera es, sin duda, G. Dempsey, *Albuera 1811. The Bloodiest Battle of the Peninsular War*, Londres 2008. Para más información veáanse también: M. S. Thompson, *The Fatal Hill. The Allied Campaign under Beresford in Southern Spain in 1811*, Sunderland 2002; P. Edwards, *Albuera. Wellington's fourth Peninsular campaign, 1811*, Ramsbury 2008. Para una visión española véase: J. J. Sañudo Bayón, *La Albuera, 1811. ¡Glorioso campo de sufrimiento!*, Madrid 2006. Y sobre la Guerra de la Independencia en general escrita por autores ingleses: Ch. Oman, *A History of the Peninsular War*, 7 vols., Oxford 1902-1930; Ch. J. Esdaile, *The Peninsular War: a New History*, Londres 2002; *idem*, *The Spanish Army in the Peninsular War*, Nottingham 2012; R. Muir, *Britain and the*

Si no se quiere escribir una historia militar más, vale la pena establecer brevemente el contexto estratégico de las escenas que vamos a pintar. El 8 de mayo de 1811 el Cuerpo de Ejército anglo-portugués, que se había enviado a Extremadura desde Lisboa bajo el mando del mariscal Beresford, había empezado el primero de los tres intentos que efectuó para liberar la fortaleza de Badajoz. Reconociendo que perder esta plaza significaría una derrota seria, el general en jefe de la guarnición francesa de Andalucía, el mariscal Jean-de-Dieu Soult, movilizó un ejército de unos veinticinco mil hombres para marchar al relevo de sus subordinados asediados. Avisado de esa amenaza por sus piquetes de caballería, el 15 de mayo Beresford concentró a todas sus fuerzas en una buena posición defensiva centrada en el pequeño pueblo de La Albuera, en cuyo punto recibió también el apoyo de todas las tropas españolas que en estos momentos se encontraron en la región extremeña; es decir, el Cuerpo de Ejército expedicionario del Cuarto Ejército mandado por el teniente general Joaquín Blake, y el Quinto Ejército del capitán general Francisco Javier Castaños. Dando cuenta de la presencia de esas fuerzas, Soult desplegó sus hombres en los páramos vacíos que afrentaron a la posición aliada al sur. Entre las tropas que esperaban a los franceses la lluviosa mañana del 16 de mayo se encontraba Charles Leslie, un joven caballero escocés con el grado de alférez en el regimiento de infantería núm. 29 (el Regimiento de Worcestershire), que formó una parte de la brigada del general Daniel Hoghton en la Segunda División del Ejército anglo-portugués:

Apenas tuvimos tiempo de tomar un poco de té y un trozo de galleta cuando se dio la alarma (...). Inmediatamente nos pusimos en armas, dejando las tiendas y el equipaje para que el intendente y las ordenanzas se deshicieran de ellos lo mejor que pudieran. Avanzamos en fila para coronar las alturas que había al frente, que estaban destinadas a nuestra posición, y que pueden describirse brevemente de la siguiente manera. El riachuelo de Albuera corría casi paralelo al frente de las alturas, a unas seiscientos yardas de distancia, que descendían hasta él, estando éstas perfectamente abiertas a todos los brazos; pero más allá de nuestra derecha se convertían en otros más empinados y separados. El pueblo de Albuera estaba casi enfrente del centro de nuestra línea, y en el mismo lado del agua; en ese punto estaba el único puente<sup>3</sup>. Las orillas del riachuelo eran en algunos lugares empinadas y abruptas. En el lado opuesto, o francés, eran más bien bajas y el terreno era abierto y húmedo durante un breve trecho; luego subía gradualmente hasta una suave altura, cubierta de árboles<sup>4</sup>.

---

*Defeat of Napoleon, 1807-1815*, New Haven-Londres 1996; *idem*, *Inside Wellington's Peninsular Army, 1808-1814*, Barnsley 2014.

<sup>3</sup> Aquí Leslie incurre en un error: en realidad había dos puentes.

<sup>4</sup> Todas las traducciones son del autor. [Ch. Leslie], *Military Journal of Colonel Leslie, K.H., of Balquhain. Whilst serving with the 29th Reg.<sup>t</sup> in the Peninsula, and the 60th Rifles in Canada, &c. 1807-1832*, Aberdeen 1887, p. 218 («We had scarcely time to get a little tea and a morsel of biscuit, when the alarm was given (...). We accordingly instantly got under arms, leaving tents and baggage to be disposed of as the quartermaster and batmen best could. We moved forward in line to crown the heights in front, which were intended for our position, and which may be shortly described as follows. The rivulet of Albuera ran nearly parallel

Como Leslie continua, la batalla comenzó con lo que pareció ser un ataque severo sobre el pueblo mismo de La Albuera, lo cual dio lugar a una escaramuza brusca. Otro combatiente, Friedrich Lindau, un tirador en el segundo batallón de infantería ligera de la llamada Legión Alemana del Rey en la brigada ligera independiente de general Karl von Alten recoge en sus memorias:

Avanzamos a través de la aldea y ocupamos un campo frente a ella con cardos de ocho o nueve pies de altura por el que avanzamos sin que nadie se diera cuenta hasta un pequeño río. Al otro lado había tiradores enemigos que nos disparaban insistentemente; detrás de ellos había tropas de línea y caballería. Nosotros también hicimos fuego constantemente: a pesar de que el enemigo nos atacó varias veces sobre el río, nosotros los hacíamos retroceder de nuevo con las bayonetas caladas. (...) Pudimos estar combatiendo cerca de una hora y media, periodo en el que perdimos mucha gente, aunque el enemigo aún más, debimos retirarnos porque los portugueses apostados detrás de nosotros debían ocupar nuestros puestos. Aquí recibimos fuego por ambos lados, ya que los portugueses nos tomaron por franceses y nos dispararon hasta que nuestro coronel [Colin] Halkett ahuyentó a los portugueses y amenazó al propio comandante con un sable; en ese momento una bala arrancó [un] trozo de cordero que había atado a mi mochila unas horas antes, y otra atravesó mi cantimplora<sup>5</sup>.

Sin embargo, este ataque no fue más que una diversión: Sault había decidido utilizar la depresión poco profunda del río que se extendía hacia la izquierda detrás de la cresta que marcó su posición inicial para trasladar el grueso de sus fuerzas en contra de la derecha aliada, la cual se había formado enteramente por soldados de los Ejércitos de Castaños y Blake. Como escribe Leslie:

Y no fue una sorpresa pequeña que inesperadamente oímos un intenso fuego que comenzaba en ese sector. El error en el que había caído nuestro jefe se hizo evidente.

---

to the front of the heights, at about six hundred yards' distance, which sloped down to it, these being perfectly open for all arms; but beyond our right they swelled into steeper and more detached ones. The village of Albuera was nearly opposite the center of our line, and on the same side of the water; at which point was the only bridge. The banks of the rivulet were at some places steep and abrupt. On the opposite, or French side, they were rather low, and the ground flat and open for some little distance; then gradually rose to a gentle height, covered with wood»).

<sup>5</sup> [F. Lindau], *A Waterloo Hero. The Reminiscences of Friedrich Lindau*, eds. J. Bogle y A. Uffindell, Londres 2009, pp. 58-59 («We pushed forward through the village and occupied a field opposite it with eight or nine-foot high thistles through which we moved quite unnoticed as far as a little river. On the other side were enemy skirmishers who fired on us persistently; behind them were troops of the line and cavalry. We also fired continuously: for all that the enemy pressed over the river many times, we drove them back from it again with fixed bayonets. (...) We might have been fighting for about one and a half hours, in which we lost many people, though the enemy even more, when we had to draw back because the Portuguese stationed behind us were to take our places. Here we came under fire from two sides since the Portuguese took us for French and shot at us until our Colonel Halkett chased the Portuguese away and threatened the commander himself with a sabre; at this time a bullet tore away [a] piece of mutton which I had bound to my pack some hours before, and another pierced my canteen»).

De repente nos vimos obligados a formar una columna abierta y avanzamos rápidamente a lo largo de las alturas hacia nuestro flanco derecho durante casi una milla bajo un tremendo cañoneo, porque los franceses ya se habían establecido en algunas alturas dominantes, que nos arrasaron a medida que avanzábamos, y el capitán [John] Humphrey y varios hombres resultaron muertos. Al mismo tiempo, estaban atacando a los españoles con gran vigor, habiéndolos confundido un poco cuando estaban en el acto de hacer retroceder su derecha para enfrentar este ataque de flanco<sup>6</sup>.

Atacando a los españoles, Soult había conseguido no sólo evitar un choque suicida contra la infantería invencible anglo-portuguesa, sino también amenazar al elemento más débil en todo el despliegue anglo-portugués. Sin embargo, por una casualidad afortunada, las tropas, en el eje de la tormenta, se formaron por soldados veteranos que gozaban de un gran nivel de solidez. Así, aunque muy excedido en número por las grandes masas de franceses que les habían caído encima, lucharon con gran coraje ganando bastante tiempo para que las tropas británicas llegasen desde el centro de la línea aliada.

A la cabeza de la primera división que intervino en la acción –de hecho la Segunda División– encontramos al general William Stewart. Nunca fue uno de los mejores generales de Wellington y cometió el error de embestir a los franceses con demasiada rapidez e insuficiente coordinación atacándoles con una sola brigada –la del teniente coronel John Colborne– en vez de esperar a las otras dos bajo su mando. Edward Close, del segundo batallón del regimiento de infantería núm. 48 (Regimiento de Northamptonshire) comentó que ni

---

<sup>6</sup> [Ch. Leslie], *op. cit.*, pp. 219-220 («and it was with no small surprise that we most unexpectedly heard a sharp fire commence in that quarter. The error our chief had been led into now became evident. We were suddenly thrown into open column, and moved rapidly along the heights to our right flank for nearly a mile under a tremendous cannonade, for the French had already established themselves on some commanding heights, which raked us as we advanced, Captain Humphrey and several men being killed. They were, at the same time, attacking the Spaniards with great vigour, having put them into some confusion when in the act of throwing back their right to meet this flank attack»). Sería muy injusto no tomar esta oportunidad de rendir tributo al coraje de los cuatro batallones españoles que jugaron un papel principal en ese combate. Perfectamente conscientes de que tenían una fuerza enorme enfrente, defendieron la posición que habían ocupado durante una hora y de esa manera salvaron a todo el ejército aliado de la certeza de una derrota muy seria. Y no solamente eso, sino que ni siquiera se retiraron cuando en la confusión cada vez mayor recibieron varias descargas británicas por la espalda. Por fin, ordenados a pasar por detrás de los británicos, se retiraron en buen orden y ocuparon una posición de espera detrás de las tropas inglesas que por fin les relevaron, intentando a la vez reemplazar sus cartucheras vacías por medio de montar un registro entre los muertos y heridos. Siendo los cuatro batallones que defendieron la posición enteramente compuestos de soldados veteranos que nunca habían experimentado una de las derrotas tan frecuentes en la historia del Ejército español en la Guerra de la Independencia, nada de esto debe dar lugar a la sorpresa. Sin embargo, debemos decir que las otras fuerzas españolas no mostraron el mismo grado de solidez: así, la brigada de infantería de Carlos de España se negó a avanzar en apoyo de la brigada del general Hoghton, mientras que la caballería de Casimiro Loy salió corriendo en vez de apoyar al avance culminante de la brigada de fusileros.

siquiera se había dejado tiempo a los batallones para adoptar una formación regular antes de lanzarse a la carga y que por lo tanto habían llegado ante los enemigos en un estado bastante desordenado<sup>7</sup>. Siempre según este militar, desde el primer momento de su llegada ante la presencia de los franceses, la brigada experimentó «un cañoneo muy fuerte» que causó una gran destrucción<sup>8</sup>. El resultado fue un desastre terrible. Los cuatro batallones de la brigada avanzaron sobre la cabeza y flanco izquierdo de los franceses, y todos los relatos coinciden en que se siguió un combate desesperado. Así:

Al llegar a la cima de la colina, descubrimos varias columnas muy grandes de tropas francesas listas para recibirnos. La línea británica se desplegó, se detuvo y disparó dos descargas; las cabezas de las columnas francesas devolvieron el fuego tres veces, la primera fila arrodillada. Al ver que estas columnas no se podrían romper por el fuego, los tres primeros batallones de la brigada se prepararon para cargar con la bayoneta, por orden del mariscal de campo, el honorable William Stewart, quien los dirigió en persona al ataque de la manera más gallarda<sup>9</sup>.

Según todos los relatos personales de estos combatientes, los franceses se tambalearon frente a este asalto, sin embargo sospechamos de la exageración de esta opinión. Dado que se sabe que poco después las mismas formaciones francesas sostuvieron un combate prolongado de mosquetería sin flaquearse, es difícil pensar que inmediatamente antes habían sufrido un daño físico y mental

<sup>7</sup> Rompiendo una lanza en favor de Stewart, podemos decir que quizá el fuego de la artillería enemiga era tan terrible que lo único que se podía hacer era atacar a toda prisa.

<sup>8</sup> [E. Ch. Close], *The Diary of E. C. Close*, Sydney-Newcastle-Londres 1892, pp. 30-31.

<sup>9</sup> [W. Brooke], «A Prisoner of Albuerca: The Journal of Major William Brooke from 16 May to 28 September 1811», en: *Studies in the Napoleonic Wars*, ed. Ch. Oman, Londres 1987, pp. 177-178 («On gaining the summit of the hill, we discovered several very heavy columns of French troops ready to receive us. The British line deployed, halted, and fired two rounds; the heads of the French columns returned the fire three deep, the front rank kneeling. Finding these columns were not to be shaken by fire, the three leading battalions of the brigade prepared to charge with the bayonet, by order of Major General the Hon. William Stewart, who led them on in person to the attack in the most gallant manner». Véase también la versión del teniente William Woods, un joven oficial subalterno en el mismo batallón que Brooke: «Pronto nos detuvimos y comenzó un fuego enérgico, pero insignificante comparado con el del enemigo. En pocos minutos, el tambor tocó para que cesara, y el general Stewart nos ordenó cargar. Los hombres vitorearon (sic) y avanzaron con el mayor espíritu. Una columna de granaderos de estatura gigantesca (...) se nos opuso. Cuando estaban a pocos metros de ellos, las bayonetas aterrorizaron tanto a estos formidables héroes que muchos soltaron las armas e intentaron huir. Nuestros hombres hicieron un terrible estrago entre ellos. Esta columna fue completamente derrotada y otras dos estaban cediendo». P. Edwards, *op. cit.*, p. 145 («We were soon halted and began a brisk fire, but trifling compared to that of the enemy. In a few minutes, the drum beat for it to cease, and General Stewart ordered us to charge. The men Huzzaed [sic] and advanced with the greatest spirit. A column of grenadiers of gigantic stature (...) were opposed to us. When within a few feet of them, the bayonets so terrified these formidable heroes that numbers dropped their arms and attempted to fly. Our men made dreadful havoc among them. This column was completely routed and two others were giving way»).

al retirarse de un ataque enemigo a la bayoneta. Entonces, lo más probable, es que, el mal coordinado y desordenado embiste se estancase frente al fuego determinado de los defensores. A este respecto, podemos citar al teniente George Crompton del segundo batallón del regimiento de infantería núm. 66 (Regimiento de Berkshire), quien pinta una versión de los hechos bastante diferente: «Tres columnas sólidas atacaron a nuestro regimiento que estaba solo. Luchamos contra ellas hasta que apenas éramos un regimiento. El oficial al mando murió de un disparo, y los dos oficiales que llevaban la bandera a mi lado recibieron heridas mortales»<sup>10</sup>. Precisamente en este momento, favorecido por una tremenda tormenta de lluvia y granizo que asoló el campo de batalla, una brigada de caballería francesa –y entre ellos el regimiento de lanceros del Vístula, que había guardado al flanco exterior de la gran maniobra envolvente– cargó contra la brigada de John Colborne por su flanco derecho. Cogido este por sorpresa, los ingleses sufrieron pérdidas terribles mientras que la brigada se deshizo en un instante. Aquí y allá grupos de individuos intentaron defenderse, alrededor de los colores de cada batallón hubo incluso luchas denodadas, pero en general se puede hablar de una escena de pánico y desesperación. Entre las víctimas de la carga encontramos al comandante William Brooke del segundo batallón del regimiento núm. 48, un oficial veterano con casi treinta años de servicio:

Una parte de la victoriosa caballería francesa consistió en los lanceros polacos. De la conducta de este regimiento (...) creo que muchos estuvieron borrachos porque cabalgaron encima de los heridos, picándoles con sus lanzas en la manera más bárbara. Tuve yo constancia de su inhumanidad: después de haber recibido una herida muy severa en la cabeza y, además, sufrido el robo de todo lo que tenía sobre mi persona, se me estaba conduciendo como prisionero entre dos soldados (...) franceses cuando uno de estos se acercó a mí e intencionadamente me echó a tierra con su sable. (...) No satisfecho con esa brutalidad, el malvado intentó con todos los medios en su poder esforzar a su caballo a pisotearme (...) pero, mas compasivo que su dueño, el animal positivamente se negó a cumplir con sus deseos y cuidadosamente evitó ponerme ni un solo pie sobre mi cuerpo<sup>11</sup>.

<sup>10</sup> P. Edwards, *op. cit.*, p. 144 («Three solid columns attacked our regiment alone. We fought them till we were hardly a regiment. The commanding officer was shot dead, and the two officers carrying the colours close by my side received their mortal wounds»).

<sup>11</sup> [W. Brooke], *op. cit.*, pp. 178-179 («Part of the victorious French cavalry were Polish lancers. From the conduct of this regiment (...). I believe many of them to have been intoxicated, as they rode over the wounded, barbarously darting their lances into them (...). I was an instance of their inhumanity: after having been most severely wounded in the head, and plundered of everything that I had about me, I was being led as a prisoner between two French (...) soldiers when one of these lancers rode up, and deliberately cut me down. Then, taking the skirts of my regimental coat, he tried to pull it over my head. Not satisfied with this brutality, the wretch tried by every means in his power to make his horse trample on me (...). But the beast, more merciful than the rider, absolutely refused to comply with his master's wishes»).

Al menos el comandante Brooke consiguió salvar la vida. Para muchos otros no hubo merced. El teniente Clarke, del regimiento núm. 66, recordaba la escena:

Nuestros hombres se agruparon en grupos de seis u ocho para hacer lo mejor que pudieran. Los oficiales tomaron sus mosquetes y se unieron a ellos, decididos a vender caras sus vidas. No se les dio cuartel. El pobre coronel Waller, del Estado Mayor del Intendente General, fue abatido cerca de mí. Levantó las manos pidiendo clemencia, pero el rufián le cortó los dedos. Mi alférez, Hay, recibió una lanza que le atravesó los pulmones por la espalda. Cayó, pero se levantó de nuevo. El lancero asestó otra estocada, la lanza golpeó a Hay en el esternón. Cayó al suelo y el polaco rodó en el barro a su lado. En la refriega, cuando me mezclé con lanceros, cazadores, un caballo e infantería francesa, choqué con un lancero y, al ser derribado, fui tomado prisionero<sup>12</sup>.

Si unos miembros de la brigada, como Brooke, se rindieron, otros intentaron salvarse por medio de la fuga. Como un buen ejemplo podemos volver a las reminiscencias de Edward Close:

Así estábamos situados, con nuestros colores en el intervalo entre dos columnas enemigas, cuando su caballería desfiló por los intervalos de su infantería y nos atravesó en todas direcciones, matando a los pocos que quedaban en pie. No nos quedó más remedio que correr. En mi huida fui derribado por un fugitivo como yo, que, supongo, fue alcanzado por un disparo. Esto ocurrió en un camino entre arbustos de aulagas. Mientras estaba en el suelo, fui atropellado por varios lanceros, uno de los cuales, al pasar cerca de mí, estaba a punto de ahorrarme la molestia de registrar este suceso, cuando un dragón español se le acercó y lo golpeó con su sable, que lo hizo pasar por encima de la cabeza de su caballo. Entonces me levanté y corrí de nuevo, cuando me encontré entre la columna de la derecha francesa y el 4º de dragones ingleses, que estaban en el acto de cargar contra ese cuerpo<sup>13</sup>.

<sup>12</sup> E. Fraser, *The Soldiers whom Wellington led. Deeds of daring, chivalry and renown*, Londres 1913, p. 152 («Our men now ran into groups of six or eight, to do the best they could. The officers snatched up muskets and joined them, determined to sell their lives dearly. Quarter was not given. Poor Colonel Waller, of the Quartermaster-General's Staff, was cut down close to me. He held up his hands asking for mercy, but the ruffian cut his fingers off. My Ensign, Hay, was run through the lungs by a lance which came out at his back. He fell, but got up again. The lancer delivered another thrust, the lance striking Hay's breastbone. Down he went, and the Pole rolled over in the mud beside him. In the mêlé, when mixed up with lancers, chasseurs a cheval and French infantry, I came into collision with a lancer, and, being knocked over, was taken prisoner»).

<sup>13</sup> [E. Ch. Close], *op. cit.*, pp. 30-31 («Thus were we situated –our colours in the interval between two columns of the enemy– when their cavalry filed through the intervals of their infantry and rode through us in every direction, cutting down the few that remained on their legs. There was nothing left for it but to run. In my flight I was knocked down by some fugitive like myself, who, I suppose, was struck by a shot. This was in a road among furze bushes. Whilst on the ground I was ridden over by a number of Lancers, one of whom passing close to me was about to save me the trouble of recording this event, when a Spanish Dragoon rode up to him and struck him with his sabre, which brought him over his horses head. I then got up and ran again, when I found myself between the French right column and the 4th English Dragoons, who were in the act of charging that body»).

En unos pocos minutos se había destrozado a una brigada de infantería entera. Y no fue esto el límite del éxito de los lanceros y húsares. También fue tomada la batería de artillería de la Legión Alemana del Rey del capitán Andrew Cleeves:

Evitamos que la caballería rompiera nuestro centro, pero al no encontrar oposición a nuestra derecha, nos envolvieron y cortaron y picaron a los artilleros de la división derecha. La división izquierda se preparó, y ambos cañones se habrían salvado; pero los caballos de tiro del cañón derecho fueron heridos, y cayeron, y el conductor principal del cañón izquierdo recibió un disparo de su caballo. El cabo [Heinrich] Fincke tuvo la suficiente presencia de ánimo como para abandonar su caballo, sustituir al guía y galopar audazmente a través de la caballería enemiga; su propio caballo, que corría a su lado, le protegió de los cortes del enemigo y salvó el cañón, que inmediatamente hice que se uniera de nuevo a la lucha. En ese momento fui hecho prisionero, pero tuve la suerte de escapar ileso<sup>14</sup>.

Sin embargo, la victoria resultó pírrica. En pos de su carga, la caballería francesa perdió todo equilibrio. Así, en vez de formarse de nuevo, muchos de los jinetes prolongaron su carrera exultante hasta extremos desafortunados, galopando entre las filas del resto del ejército aliado hasta que, uno por uno, fueron cayendo (uno muy famosamente en las manos de Beresford mismo). Con gran daño para la causa francesa, ni los húsares ni los lanceros volvieron a participar en la batalla en una manera efectiva<sup>15</sup>.

Si volvemos al curso de los acontecimientos, afortunadamente para la causa aliada, la intervención de las otras brigadas de la división de Stewart fue algo más provechosa. Habiendo, como ya hemos notado, avanzado directamente hacia el flanco derecho del despliegue aliado por medio de las colinas, esta había quedado a salvo de la caballería enemiga, aunque no del fuego de la artillería. En todo caso parece que llegó justo a tiempo. En este punto contamos de nuevo con el testimonio del alférez Leslie:

---

<sup>14</sup> M. S. Thompson, *op. cit.*, p. 127 («We prevented the cavalry from breaking our centre; but finding no opposition on our right, they turned us, and cut and piked the gunners of the right division down. The left division limbered up, and both guns would have been saved; but the shaft horses of the right gun were wounded, and came down, and the leading driver of the left gun got shot from his horse. Corporal [Heinrich] Fincke had presence of mind enough to quit his horse, to replace the driver, and then gallop boldly through the enemy's cavalry; his own horse, which ran alongside of him, secured him from the enemy's cuts and saved the gun, which I immediately made join the fight again. At this moment I was made prisoner, but had the good luck to escape unhurt». Respecto a la caballería francesa, también debemos reconocer que repelieron a dos escuadrones de caballería portuguesa y dos escuadrones de dragones ingleses que intentaron montar un contraataque.

<sup>15</sup> A los polacos, se les reconoce que la mayoría del regimiento se reunió por detrás de la línea de los generales Honoré Théodore Maxime Gazan y Jean-Baptiste Girard, y que los lanceros montaron un contraataque en contra del ala izquierda de la brigada de fusileros en los momentos culminantes de la batalla; esta vez, sin embargo, fueron repelidos sin dificultad. Para más detalles, véase: G. Dempsey, *op. cit.*, p. 192.

En el momento en que se produjo esta desgracia, llegó nuestra brigada, con el regimiento 29º al frente. Nos alineamos en columnas de un cuarto de distancia al amparo de las alturas y nos desplegamos; pero antes de que los regimientos 57º y 48º hubieran completado la formación, un cuerpo de españoles que se encontraba por delante de nuestro flanco izquierdo cedió y, al escapar, corrió hacia nuestro frente y luego se abalanzó sobre nosotros. Les gritamos que se reagruparan y mantuvieran su posición, y que pronto los relevaríamos. Ante estas garantías, con el esfuerzo de algunos de los oficiales y de nuestro ayudante, que cabalgaba entre ellos, se reagruparon y volvieron a subir la colina, pero muy poco después volvieron a bajar en la mayor confusión, mezclados con un cuerpo de lanceros enemigos, que atacaban y estocaban sin piedad. Muchos de los españoles se tiraron al suelo, otros intentaron abrirse paso a través de nuestra línea, pero esto no se podía permitir, porque estábamos en la ladera o en una colina verde y pelada, y había tal cantidad de amigos y enemigos que se acercaban a nosotros, que cualquier abertura que se abriera para dejar pasar a los primeros habría permitido también al enemigo. No nos quedaba otra alternativa que mantenernos firmes y, en defensa propia, disparar contra ambos. Esto decidió rápidamente la situación; los lanceros se acercaron y se abrieron paso lo mejor que pudieron hacia sus propias líneas, y a los españoles se les permitió pasar a la retaguardia<sup>16</sup>.

Con los españoles fuera de peligro, la brigada de Hoghton ya no tuvo inconveniente en unirse a la batalla. Fue un momento de gran drama:

La formación de nuestra brigada ya estaba completa, (...). Sir William Stewart se acercó a nuestra brigada y, después de unas cuantas palabras energéticas, dijo: «¡Ahora es el momento! ¡Demos tres hurras!». Esto se hizo al instante, con el corazón y el alma, y todos los chacós ondearon en el aire. Avanzamos inmediatamente colina arriba bajo un intenso fuego de las tropas ligeras del enemigo, que no nos dignamos a devolver, y se retiraron mientras avanzábamos. Al llegar a la cima de la altura, descubrimos al enemigo un poco más atrás, aparentemente formado en masas o columnas de grandes divisiones, con tropas ligeras y artillería en los intervalos entre ellas<sup>17</sup>.

<sup>16</sup> [Ch. Leslie], *op. cit.*, pp. 220-221 («Just as this misfortune had occurred our brigade came up, the 29th leading. We closed up into quarter distance columns under cover of the heights and deployed; but before the 57th and 48th Regiments had completed the formation, a body of Spaniards in advance of our left flank gave way, and in making off ran in our front, and then came rushing back upon us. We called out to them, urging them to rally and maintain their ground, and that we would shortly relieve them. On these assurances, with the exertions of some of the officers and of our Adjutant, who rode amongst them, they did rally, and moved up the hill again, but very shortly afterwards down they came again in the utmost confusion mixed pell-mell with a body of the enemy's Lancers, who were thrusting and cutting without mercy. Many of the Spaniards threw themselves on the ground, others attained to gut through our line, but this could not be permitted, because we being in line on the slope or a bare green hill, and such a rush of friends and foes coming down upon us, any opening made to let the former pass would have admitted the enemy also. We had no alternative left but to stand firm, and in self-defense to fire on both. This shortly decided the business; the Lancers brought up and made the best of their way back to their own lines, and the Spaniards were permitted to pass to the rear»).

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 221 («The formation of our brigade being now completed, (...) Sir William Stewart rode up to our brigade, and after a few energetic words, said, "Now is the time -let us give three cheers!" This was instantly done with heart and soul, every cap waving in the air. We immediately advanced up the hill under a sharp fire from the enemy's light

Por sólo el hecho de que la infantería francesa estuviera muy desordenada después de su largo combate con los españoles, no puede ser tildada de cobarde, ni mucho menos; sus primeras filas habían estado tan encerradas por las masas de tropas en su retaguardia que fugarse era físicamente imposible. El resultado fue un intercambio de fuego tan prolongado como sangrante. Un testigo ocular, Joseph Sherer, un teniente de unos veintidos años, combatiente en el segundo batallón del regimiento de infantería núm. 34 (Regimiento de Cumberland), que formó parte de la brigada del general Alexander Abercrombie, nos legó en sus memorias detalles de este momento. Como la brigada de Hoghton había avanzado desde el centro en columna bajo el fuego constante de la artillería enemiga, por una razón u otra –quizás porque se siguió una ruta más protegida– sufrió menos bajas. Sin embargo, dicho esto, la vista de la alfombra de víctimas que habían dejado sus predecesores resultaba bastante dolorosa:

Un capitán del veintinueve [parece que se trata del capitán Humphrey mencionado por Leslie –ChE] había sido terriblemente lacerado por una bala y yacía directamente en nuestro camino. Pasamos cerca de él y nos conocía a todos y el tono desgarrador con el que nos llamó para pedir agua o que lo matáramos nunca lo olvidaré. Yacía solo y estábamos en movimiento y no podíamos brindarle socorro porque en este día difícil, los heridos que no podían caminar yacían desatendidos donde cayeron todo era prisa y lucha; se necesitaban todos los brazos en el campo<sup>18</sup>.

De todas formas, poco después, el teniente Sherer y sus compañeros de armas tuvieron otras cosas de qué preocuparse. Penetrando por medio de la infantería española que ya estaba en proceso de evacuar el cerro definitivamente por razón de la falta de municiones, la brigada de Abercrombie entró en línea a la izquierda de la de Hoghton para tomar parte en el mismo intercambio prolongado de fuego del que nos habla Leslie:

Esta contienda mortífera de mosquetería duró mucho. (...) Sería imposible describir con fidelidad mis sentimientos durante toda esta escena salvaje. A intervalos, un grito o un gemido me indicaban que los hombres caían a mi alrededor, pero no siempre el tumulto de la contienda me permitía captar esos sonidos. Una sensación constante de estar en el centro de la línea y la disminución gradual de nuestro frente delataban con mayor exactitud los estragos de la muerte<sup>19</sup>.

---

troops, which we did not condescend to return, and they retreated as we moved on. On arriving at the crest of the height we discovered the enemy a little in rear of it, apparently formed in masses, or columns of grand divisions, with light troops and artillery in the intervals between them»).

<sup>18</sup> M. Sherer, *Recollections of the Peninsula*, Londres 1824, p. 159 («a captain of the twenty ninth had been dreadfully lacerated by a ball and lay directly in our path. We passed close to him and he knew us all and the heart rending tone in which he called to us for water or to kill him. I shall never forget. He lay alone and we were in motion and could give him no succour for on this trying day such of the wounded as could not walk lay unattended where they fell all was hurry and struggle every arm was wanted in the field»).

<sup>19</sup> *Ibidem*, pp. 160-161 («This murderous contest of musketry lasted long. (...) To describe my feelings throughout this wild scene with fidelity would be impossible at intervals a shriek

Sin embargo debemos señalar que la situación en ese sector de la línea nunca fue tan aguda como la de la brigada de Hoghton. Quizá porque sobrepasaron al flanco derecho del despliegue francés, y simplemente había menos franceses en su frente, mientras que Hoghton tuvo que luchar contra la división entera de general Gazan (es decir, algo más de cuatro mil soldados): a la brigada de Abercrombie se opusieron sólo unos mil granaderos reunidos, los ingleses sufrieron entonces muchas menos bajas. Además, posesionado de una superioridad numérica de unos tres contra dos, Abercrombie consiguió avanzar hasta que por fin su brigada coronó las alturas francesas: «A medida que avanzábamos, aunque lentamente, pero siempre un poco por delante, nuestros muertos y heridos yacían detrás de nosotros, pero llegamos entre los del enemigo y los de los españoles que habían caído en el primer ataque, caminamos entre los muertos y moribundos sin tener en cuenta a nadie»<sup>20</sup>.

Con el combate en las colinas más o menos empatado –parece que la brigada de Abercrombie no contaba con el ímpetu suficiente para deshacer a sus contrarios– la victoria no podía menos que caer en manos del primer combatiente que pudiera desplegar tropas frescas de refuerzo, tropas estas que de hecho llegaron en la línea aliada antes de que hicieran lo mismo en la línea francesa. Así hace algún tiempo ya, la Cuarta División de general Lowrie Cole –una fuerza compuesta de la brigada de infantería británica del general sir William Myers (la llamada brigada de fusileros) y la brigada de infantería portuguesa de William Hamilton<sup>21</sup>–

---

or groan told that men were falling around me but it was not always that the tumult of the contest suffered me to catch these sounds. A constant feeling to the centre of the line and the gradual diminution of our front more truly bespoke the havoc of death»).

<sup>20</sup> *Ibidem* («As we moved though slowly yet ever a little in advance our own killed and wounded lay behind us but we arrived among those of the enemy and those of the Spaniards who had fallen in the first onset we trod among the dead and dying all reckless of them»).

<sup>21</sup> Había también una segunda brigada de infantería británica en la división, pero no se encontró sobre el campo de batalla; mientras tanto, vale la pena ofrecer unas palabras de explicación respecto a la llamada «brigada de fusileros». Entre los novicios en la terminología castrense británica, existe siempre una tendencia a creer que el uso de la palabra «fusilero» significa que las tropas del general Myers fueron diferentes al resto de la infantería. Sin embargo, la realidad resulta bien distinta. El término *fusilier* había surgido unos ciento treinta años antes para describir a los soldados armados con un fusil; es decir, con un mosquete provisto del sistema de fuego de chispa en vez de mecha. En aquellos días estos soldados sí tenían una misión diferente al resto de la infantería al utilizárseles para acompañar y proteger a la artillería, siendo sus armas mucho menos peligrosas en la presencia de grandes cantidades de pólvora. Pero, con la extensión del sistema de chispa a toda la infantería alrededor del año 1700, se perdió la denominación en cualquier sentido: en efecto, toda la infantería se había convertido en fusileros. Si sobrevivió el nombre, entonces, fue porque los tres regimientos que gozaron del título de *fusiliers* –el *Royal Fusiliers*, el *Royal Scots Fusiliers* y el *Royal Welch Fusiliers*– insistieron en retenerlo como una marca de distinción. Sin embargo, en armamento, uniforme, organización y táctica quedaron absolutamente iguales al resto de la infantería y, así, fue una mera casualidad que los tres batallones de infantería de Myers devinieran en regimientos de fusileros; es decir, dos del regimiento núm. 7 y uno del núm. 23.

se había desplegado en línea al otro lado del valle en que la caballería enemiga había aniquilado a la brigada de Colborne. Durante mucho tiempo se había quedado sin órdenes, pero ahora por fin se puso al avance. Presente con el primer batallón del regimiento de infantería núm. 7 (el *Royal Fusiliers*) encontramos a John Cooper, un bracero de un pueblo pequeño de montaña en el condado de Yorkshire, que se había alistado en el Ejército para huir de la pobreza de su nacimiento y ahora tenía el grado de sargento:

El día parecía perdido, pues grandes masas del enemigo habían ganado la parte más alta del campo de batalla y estaban alineadas compactamente en tres columnas pesadas, con numerosa caballería y artillería listas para derribar toda nuestra línea. (...) En ese momento crítico, la voz de «Fusileros, a formar» nos hizo despertar y formamos una línea. Seis cañones de nueve libras, apoyados por dos o tres escuadrones del 4º de Dragones, tomaron la derecha. Los regimientos portugueses 11º y 23º, apoyados por tres compañías ligeras, ocuparon el centro. La brigada de fusileros, (...) se situó a la izquierda. Justo delante del centro había algunos escuadrones de caballería española. La línea, en este orden, se acercó a paso rápido a la empinada posición del enemigo, bajo una tormenta de balas, granadas y metralla que se estrellaron contra nuestras filas. Al mismo tiempo, la caballería francesa cargó contra la caballería española que se encontraba frente a nosotros. Inmediatamente, una descarga nuestra se dirigió hacia la masa mixta de franceses y españoles. Esto detuvo a los franceses, pero los héroes españoles galoparon por nuestro flanco izquierdo y ya no los vimos. Al llegar al pie de la colina, empezamos a subir la pendiente con la respiración entrecortada, mientras aumentaba el estruendo y el rugido de la furiosa batalla. Bajo el tremendo fuego del enemigo, nuestra delgada línea se tambalea y los hombres son derribados como bolos, pero no se da un paso atrás. Aquí nuestro coronel y todos los oficiales de campo de la brigada caen muertos o heridos, pero no se produce confusión. Las órdenes son: «Cerrad las filas»; «Cerrad las filas»; «Disparad»; «Adelante». Y así se hace<sup>22</sup>.

---

<sup>22</sup> J. S. Cooper, *Rough Notes of Seven Campaigns in Portugal, Spain, France and America during the Years 1809-10-11-12-13-14-15*, Londres 1917, pp. 63-65 («The day was now apparently lost, for large masses of the enemy had gained the highest part of the battle field, and were compactly ranged in three heavy columns, with numerous cavalry and artillery ready to roll up our whole line. (...) At this crisis, the words, "Fall in, Fusiliers", roused us; and we formed line. Six nine pounders, supported by two or three squadrons of the 4th Dragoons, took the right. The 11th and 23rd Portuguese regiments, supported by three light companies, occupied the centre. The Fusilier brigade (...), stood on the left. Just in front of the centre were some squadrons of Spanish cavalry. The line in this order approached at quick step the steep position of the enemy, under a storm of shot, shell, and grape, which came crashing through our ranks. At the same time the French cavalry made a charge at the Spanish horse in our front. Immediately a volley from us was poured into the mixed mass of French and Spaniards. This checked the French; but the Spanish heroes galloped round our left flank and we saw them no more. Having arrived at the foot of the hill, we began to climb its slope with panting breath, while the roll and thunder of furious battle increased. Under the tremendous fire of the enemy our thin line staggers, and men are knocked about like skittles; but not a step back ward is taken. Here our Colonel and all the field-officers of the brigade fell killed or wounded, but no confusion ensued. The orders were, "Close up"; "Close in"; "Fire away"; "Forward." This is done. We are close to

El avance de la brigada de fusileros representó, en verdad, la culminación de la batalla. Sin embargo, no la decidió al instante. Debemos también admitir que los fusileros no estuvieron solos en su avance. Al contrario, a su derecha tenían la brigada de infantería portuguesa de la Cuarta División mandada por el general William Harvey. Sin duda, aquella habría tomado parte en la lucha contra la infantería francesa sin flaquearse, pero, de hecho, su papel en el ataque fue bien diferente. De esta forma respondieron los franceses al avance de la Cuarta División con una carga de caballería por parte de la brigada de dragones del general Marie Victor Nicolas de Fay de Latour-Maubourg. Esa carga se dirigió directamente al frente de la brigada portuguesa, pero, a su eterno crédito, se mantuvo firme y saludó a los jinetes con un fuego nutrido que forzó a los dragones a abandonar su ataque. Sin embargo, proseguir el avance con una fuerza de más de mil jinetes resultaba bastante arriesgado y Harvey paró a sus hombres en las faldas del cerro en una posición en que podían proteger al flanco derecho de los fusileros, esa es la razón por la cual no tomaron parte en el ataque final.

Otro protagonista fue el teniente John Harrison del regimiento de infantería núm. 23 (*Royal Welch Fusiliers*), que formó el tercer batallón de la «brigada de fusileros» mencionada por Cooper. Harrison, casi una víctima más gracias a una pieza de metralla que penetró en su chacó y que pudo haberle arrebatado la vida, recordó posteriormente la escena en una carta a su madre:

La infantería francesa se encontró sobre un alto y así todas las desventajas del terreno cayeron sobre nosotros. Por todas partes abrieron fuego [los franceses –ChE] sin demora. Respondimos de la manera más admirable, bajamos nuestros mosquetes a la carga y vitoreamos. Se enfrentaron después de unos pocos pasos y otros vinieron en su ayuda, la contienda pronto se generalizó y se mantuvo un fuego muy decidido en ambos lados; estuvimos tan próximos que casi se tocaron los tubos de los mosquetes<sup>23</sup>.

Un tercer testigo de este avance de los fusileros fue Friedrich von Wachholtz, un joven capitán del llamado «Cuerpo Negro de Brunswick», es decir, los *Brunswick-Oels Jagers*, un cuerpo de infantería ligera armado con fusiles –palabra que aquí se utiliza en su sentido moderno– que en parte se había distribuido entre varias brigadas de infantería de línea para aumentar la potencia de su línea de escaramuza. Estacionado a la extrema derecha del despliegue de la Cuarta División, von Wachholtz tenía una vista perfecta de lo que ocurrió:

---

the enemy's columns; they break and rush down the other side of the hill in the greatest mob-like confusion»).

<sup>23</sup> D. E. Graves, *Dragon Rampant. The Royal Welch Fusiliers at war, 1793-1815*, Londres 2010, p. 139 («The French infantry were formed on an eminence we had every disadvantage of the ground. They soon open their fire. We returned handsomely, came down to the charge and cheered. They faced about after a few paces and, others coming to their assistance, the contest soon became general and a most determined fire kept up on both sides, so near as to be almost muzzle to muzzle»).

Nuestra brigada continuó su camino victorioso, justo hasta setenta u ochenta pasos de las columnas enemigas (...). Aquí se detuvo, y ahora desde ambos lados comenzó un terrible fuego, que podría haber continuado de esta manera durante un poco más de media hora. Todo el terreno detrás de nuestra línea estaba cubierto de heridos ensangrentados (...). Era una escena espantosa [pero] hermosa, ver ambas líneas tan cerca la una de la otra (...) y la muerte con terribles rugidos bramando entre ellas<sup>24</sup>.

Lo que aconteció en la media hora de que habla este joven capitán es algo que merece un breve comentario. Ya se había visto en el combate entre los franceses y las brigadas de Hoghton y Abercrombie la dificultad de mantener el ímpetu de un ataque de infantería, y aquí se percibe precisamente el mismo fenómeno. Como ya se había mostrado en muchas batallas de la Guerra de la Independencia, el ideal británico en un combate del tipo que se vio en este momento fue una sola descarga masiva de fuego seguida por una carga a la bayoneta, y no hay duda que esto era la intención en la carga de la brigada de fusileros: volvemos aquí a las órdenes que se dieron al batallón de Cooper, es decir «¡Fuego! ¡Adelante!». Esa táctica había bastado para espantar a muchas columnas francesas en el pasado y tendría el mismo resultado provechoso en muchas batallas del futuro, pero en La Albuera no funcionó.

Las filas más expuestas a la descarga inicial de los fusileros sí flaquearon, pero no pudieron seguir sus instintos naturales de salvarse por razón de la presencia de tanta otra tropa en su retaguardia. Así los franceses siguieron en pie, y parece que incluso para los soldados de una calidad indudable como los de la brigada de fusileros atacarles con la bayoneta resultó demasiado. En vez de lanzarse sobre el enemigo, Cooper y sus compañeros pararon e hicieron un fuego incesante, algo que dificultaba aún más el problema de persuadirles avanzar a la bayoneta. El ruido del fuego hizo que los soldados no pudieran oír las voces de sus oficiales; mientras tanto, hacer fuego contra el enemigo proporcionó a la tropa una excusa para no moverse y la persuadió que estaba cumpliendo con su deber. En esa situación la contienda no podía hacer otra cosa que continuar hasta el punto en que el espíritu de uno de los dos bandos se rompiese. Y aquí tuvieron los aliados la ventaja. Con sus fuerzas desplegadas en línea en vez de las columnas de los franceses, pudieron mantener un fuego mucho más nutrido que sus enemigos, y el resultado fue que llegaron al punto crítico antes que los fusileros, aunque es posible también que el empate se rompiese con la entrada en acción a una distancia muy corta de una batería de artillería británica. De todas formas, John Cooper definió de esta manera el fin de la contienda:

<sup>24</sup> *Ibidem* («Our brigade continued its victorious path, just up to 70 to 80 paces from the enemy columns (...). Here it stopped, and now from both sides a terrible fire commenced, which might have continued this way for a little over half an hour. The whole ground behind our line was covered with bloody wounded men (...). It was a gruesome [yet] beautiful scene, to see both lines so close one to the other (...) and death with terrible roars raging amongst them»).

En un minuto o dos, nuestros cañones de nueve libras y la infantería ligera llegaron a la cima y se unieron para lanzar una lluvia de hierro y plomo sobre la masa desmembrada. Seguimos bajando por la pendiente disparando y gritando hasta que nos llamó la atención la corneta. El enemigo cruzó el río en gran desorden y no nos atacó más, pero los cañonazos y las escaramuzas en el centro continuaron hasta la noche<sup>25</sup>.

Para otra perspectiva sobre los últimos momentos de la lucha en el sector clave representado por las colinas, debemos volver a la brigada de Abercrombie. Según el teniente Sherer, esa formación estuvo a punto de lanzar una carga a la bayoneta cuando de repente toda la fuerza enemiga en su frente se desintegró ante sus mismos ojos. Por razones de amor propio, luego insistió que la dispersión francesa estuvo motivada por el temor al ataque que le había preparado su brigada, pero el movimiento fue tan general notándose que en realidad no podía ser otra cosa que la reacción al ataque de los fusileros. Sin embargo, es bastante claro que la brigada de Abercrombie sí contribuyó a la victoria del general Myers:

A unas veinte yardas de ellos recibimos órdenes de cargar, habíamos dejado de disparar, aplaudido y teníamos nuestras bayonetas en posición de carga cuando un cuerpo de la caballería enemiga fue descubierto bajo el hombro de un terreno elevado listo para aprovechar nuestra impetuosidad. Sin embargo, la infantería francesa ya se había alarmado por nuestras ovaciones preparatorias que siempre indican que la carga se rompió y huyó abandonando algunos cañones y obuses a unas sesenta yardas de nosotros. La presencia de su caballería no nos permitió perseguirlos, nos detuvimos y reiniciamos el fuego contra ellos. La matanza fue ahora terrible durante unos minutos, cada disparo le decía a sus oficiales en vano intentaron reunirlos, no harían ningún esfuerzo. Parte de su artillería de hecho tomó una posición distante que molestó mucho a nuestra línea, pero no nos movimos hasta que habíamos gastado toda ronda de nuestra munición y luego nos retiramos en el más perfecto orden a un lugar protegido de sus cañones y nos pusimos en línea listos para repeler cualquier nuevo ataque con la bayoneta<sup>26</sup>.

---

<sup>25</sup> J. S. Cooper, *op. cit.*, p. 65 («In a minute or two, our nine pounders and light infantry gain the summit, and join in sending a shower of iron and lead into the broken mass. We followed down the slope firing and huzzaing, till recalled by the bugle. The enemy passed over the river in great disorder, and attacked us no more, but cannonading and skirmishing in the centre continued till night»). Leyendo esto, parece más probable que los franceses se pusieran a correr antes del avance final de los fusileros. Sin embargo, es posible que los mandos británicos por fin persuadieran a sus hombres a avanzar de nuevo, algo que sin duda habría tenido gran impacto moral en las filas enemigas.

<sup>26</sup> M. Sherer, *op. cit.*, pp. 160-161 («At the distance of about twenty yards from them we received orders to charge we had ceased firing cheered and had our bayonets in the charging position when a body of the enemy's horse was discovered under the shoulder of a rising ground ready to take advantage of our impetuosity. Already however had the French infantry alarmed by our preparatory cheers which always indicate the charge broken and fled abandoning some guns and howitzers about sixty yards from us. The presence of their cavalry not permitting us to pursue we halted and recommenced firing on them. The slaughter was now, for a few minutes, dreadful; every shot told; their officers in vain attempted to rally them; they would make no effort. Some of their artillery indeed took up a distant position which much annoyed our line but we did not move until we had

Aunque la retirada de los franceses de los cerros puso fin a cualquier cuestión sobre el resultado del día, la batalla todavía no se había terminado. La lucha continuó por las calles del pueblo mismo de La Albuera. El mencionado tirador Friedrich Lindau relataba:

Colocamos las bayonetas en nuestros fusiles y con un «¡Hurra!» entramos en el pueblo que ya estaba ocupado por los franceses. Empezaron a dispararnos, pero retrocedieron con tanta rapidez que yo solo perseguí a unos diez franceses que salieron de las ruinas de una casa y sólo pude alcanzar al último con mi bayoneta que, al saltar por encima de un muro, le atravesé el cuerpo. Los franceses retrocedieron sobre el río [y] nosotros retomamos nuestra posición anterior (...). Sin embargo, el campo de cardos estaba al final tan destrozado que ya no era capaz de protegernos. Hacia el atardecer, el enemigo, que era alsaciano y hablaba alemán, nos dijo que ya había sido suficiente por hoy [y] querían cesar el fuego [y que] nosotros hiciéramos lo mismo. Así que todo quedó en calma en nuestro flanco, salvo la lluvia que no había cesado en todo el día y que seguía cayendo a cántaros<sup>27</sup>.

Entonces, al fin y al cabo, el ejército de Beresford había ganado pero el triunfo se sentía poco en sus filas. Las bajas resultaron tan grandes que en el Ejército inglés la batalla siempre se conoció como «La Albuera la sangrienta». Recurramos al relato del teniente Leslie, cuando la batalla terminó:

Reunir a los vivos y registrar a los muertos se convirtió después en nuestro melancólico deber. Al calcular nuestros números, el 29º regimiento tenía sólo noventa y seis hombres, dos capitanes y algunos subalternos restantes de todo el regimiento; el 57º regimiento tenía sólo unos pocos más, (...) el primer batallón del 48º regimiento sufrió de manera similar (...). El mayor general Houghton, al mando de la brigada, y el teniente coronel [George Henry] Duckworth del 48º regimiento murieron; el teniente coronel [Daniel] White del regimiento 29º resultó mortalmente herido; y el coronel [William] Inglis del regimiento 57º y el comandante [Gregory Holman Bromley] Way del Regimiento 29º quedaron gravemente heridos. De hecho, todos los oficiales de campo de toda la brigada resultaron muertos o heridos, de modo que al final de la acción la brigada seguía al mando de un capitán del 48º regimiento, y, lo que es bastante curioso, ese capitán era un francés llamado Cemetière (Cementerio). El campo de batalla después presentó un

---

expended every round of our ammunition and then retired in the most perfect order to a spot sheltered from their guns and lay down in line ready to repulse any fresh attack with the bayonet»).

<sup>27</sup> [F. Lindau], *op. cit.*, pp. 60-61 («We placed the bayonets on our rifles and with a ‘Hurrah!’ went into the village which was already occupied by the French. They began to shoot at us but fell back with such haste that on my own I chased some ten Frenchmen out of the ruins of a house and could only reach the last with my bayonet which, as he jumped over a wall, I ran through his body. The French fell back over the river [and] we again took up our former position (...). However, the thistle field was in the end so shot to pieces that it was no longer able to protect us. Towards evening, the enemy, who were Alsatian and spoke German, called over to us that it had been plenty enough for the day [and] they wanted to cease fire [and that] we might do the same. So it became quiet on our flank apart from the rain that had not ceased all day and still constantly poured down in streams»).

triste espectáculo, con nuestros hombres tendidos generalmente en filas y los franceses en grandes montones<sup>28</sup>.

Con la acción en las colinas terminada alrededor de las tres de la tarde, por fin fue posible iniciar la tarea de ayudar a los heridos; si bien las fuertes tormentas de aquella tarde dificultaron mucho la recogida de las víctimas de la batalla. Para un relato gráfico de los horrores que esperaron a los sobrevivientes podemos volver de nuevo a John Cooper:

Al regresar a la cima de la loma, amontonamos las armas y miramos a nuestro alrededor. ¡Qué escena! Los muertos y los heridos yacían por todas partes. En algunos lugares los muertos estaban en montones. Uno de ellos medía casi tres pies de alto (...). ¿Qué se podía hacer ahora con los heridos que estaban tan densamente esparcidos por todos lados? El enemigo había dejado sin techo ni suelo la ciudad de Albuhera [La Albuera] para leña y no había ninguna otra ciudad en varios kilómetros a la redonda; además, llovía a cántaros y los pobres que sufrían eran tan numerosos como los ilesos. Para resumir, los heridos que no podían caminar fueron llevados en mantas al pie de la colina ensangrentada y colocados entre la hierba mojada. No puedo decir si tenían órdenes que los atendieran o cuántos sobrevivieron o murieron. Pero si estaban enfermos, nuestra situación no era envidiable. Estábamos mojados, cansados y sucios; sin comida ni refugio. (...) Nos acostábamos por la noche entre el lodo y los muertos. Elegí un manojito de juncos y me acurrugué como un perro, pero no pude dormir a causa del hambre y el frío. Una vez levanté la vista de mi manta mojada y vi a un pobre hombre herido completamente desnudo, arrastrándose, supongo que en busca de refugio. No sé quién lo había desnudado ni si sobrevivió hasta la mañana<sup>29</sup>.

<sup>28</sup> [Ch. Leslie], *op. cit.*, p. 223 («Mustering the living and recording the dead became afterwards our melancholy duty. On reckoning our numbers, the 29th Regiment had only ninety-six men, two captains, and a few subalterns remaining out of the whole regiment; the 57th Regiment had but a few more (...); the first battalion of the 48th Regiment suffered in like manner (...). Major-General Houghton, commanding the brigade, and Lieutenant-Colonel Duckworth of the 48th Regiment were killed; Lieutenant-Colonel White of the 29th Regiment mortally wounded; Colonel Inglis of the 57th and Major Way of the 29th Regiments were very severely wounded. In fact, every field-officer of the whole brigade was either killed or wounded, so that at the close of the action the brigade remained in command of a captain of the 48th Regiment, and, singular enough, that captain was a Frenchman, named Cemetière (cemetery). The field afterwards presented a sad spectacle, our men lying generally in rows and the French in large heaps»).

<sup>29</sup> J. S. Cooper, *op. cit.*, pp. 65-67 («Having returned to the top of the ridge we piled arms and looked about. What a scene! The dead and wounded lying all around. In some places the dead were in heaps. One of these was nearly three feet high (...). What was now to be done with the wounded that were so thickly strewn on every side? The town of Albuhera had been totally unroofed and unfloored for firewood by the enemy, and there was no other town within several miles; besides the rain was pouring down, and the poor sufferers were as numerous as the unhurt. To be short, the wounded that could not walk were carried in blankets to the bottom of the bloody hill, and laid among the wet grass. Whether they had any orderlies to wait on them, or how many lived or died, I can't tell. But if they were ill off, our case was not enviable. We were wet, weary, and dirty; without food or shelter. (...) We lay down at night among the mire and dead men. I selected a tuft of rushes and coiled myself up like a dog, but sleep I could not, on account of hunger

Otro soldado que describe los sufrimientos de los sus compañeros fue el mencionado Friedrich Lindau:

Tuve que quedarme como piquete en un trozo de tierra a la izquierda del pueblo. Encontré un lugar mullido para tumbarme, pero el frío y la tormenta, así como un hedor repugnante en mis fosas nasales, no me dejaron dormir en toda la noche, así que entré en el pueblo en busca de comida. Aquí oí de repente un gemido grave: fui hacia él y reconocí a un oficial de nuestro batallón, el capitán [Georg] Heise, quien, con la cara cubierta de sangre, me pidió con voz débil que le disparara hasta matarlo. Me estremecí ante tal miseria y consolé al hombre, al que apreciaba, pues era un verdadero amigo de los soldados, y con palabras amables le dije que tuviera paciencia; [que] pronto todo iba a estar mejor para él. Luego le puse un poco de paja debajo de su cabeza, y me apresuré a volver a mi puesto y me acosté de nuevo. A la mañana siguiente me di cuenta de que mi mullido lugar de acampada era un cuerpo que había sido cubierto por un poco de tierra y del que aún sobresalían los pies. Después de relevarnos del piquete al mediodía, hicimos una visita al campo de batalla. Allí yacía una masa de heridos de nuestro bando y del enemigo, infantería y caballería, soldados rasos y oficiales, entre una multitud de muertos. Como el día era muy caluroso, los desgraciados pidieron agua, que les trajimos del arroyo vecino y aliviarnos la agonía de sus estertores, ya que no pudimos satisfacer el deseo de la mayoría de ser fusilados (...). Me sentí muy agradecido por haber tenido la suerte de sobrevivir, ya que la muerte había estado cerca de mí cuatro veces<sup>30</sup>.

Es quizá de esperar que los sufrimientos del hombre desnudo visto por Cooper no se prolongaran mucho. Si sobrevivió, su suerte probablemente habría consistido en encontrarse en un convoy del tipo visto justo después de la batalla por un soldado raso del regimiento de dragones ligeros núm. 11, George Farmer:

---

and cold. Once I looked up out of my wet blanket, and saw a poor wounded man stark naked, crawling about, I suppose for shelter. Who had stripped him, or whether he lived till morning, I know not»).

<sup>30</sup> [F. Lindau], *op. cit.*, pp. 60-61 («I had to stay as an outpost on a piece of ground to the left of the village. I found a soft place to lie down, but the cold and the storm as well as a disgusting stench in my nostrils did not let me sleep the whole night, so I stole into the village to look for food. Here I suddenly heard a low moan: I went towards it and recognised an officer of our battalion, Captain [Georg] Heise, who, with his face covered in blood, asked me in a faint voice to shoot him to death. I shuddered at such misery, and comforted the man, of whom I was fond, for he was a true friend to the soldiers, with kindly words - that he should be patient; [that] it would soon be better for him. Then I laid some hay under his head, hurried back to my outpost and lay down again. Next morning I realised that my soft camping place was a body that had been covered over by a little earth and of which the feet still stuck out. After we were detached from the out post at noon, we paid a visit to the battlefield. A mass of wounded from our side and the enemy lay there, infantry and cavalry, private soldiers and officers, among a multitude of dead. The day [being] very hot, the unfortunate men called out for a drink of water, which we fetched for them from the neighboring stream and eased the agonies of [their] death-throes since we could not comply with the wish of most of them to be shot (...). I was heartily thankful that I had been fortunate enough to come through, since death had come close to me four times»).

en el pueblo donde paramos llegaron en carros alrededor de setecientos hombres heridos de La Albuera cuya situación era tan lamentable (podría haber usado una expresión más fuerte y haber dicho horrible) como es fácil para la imaginación humana concebir. Sin duda, habían recibido cuando los cirujanos los tomaron en sus manos por primera vez, todo el cuidado que la naturaleza de su condición permitiría. Pero habían realizado desde ese periodo un largo viaje a través de un país árido y bajo un sol abrasador y sus heridas permanecieron sin curar todo este tiempo y ahora estaban en un estado que desafiaba la descripción. No nos faltó voluntad para ayudarlos. Pronto despejamos las mejores casas del lugar, extendimos paja y donde pudimos encontrarla, sábanas para ellos en los pisos y nos entregamos a la tarea de limpiar sus heridas cuyo olor era terrible. Una y otra vez nos vimos obligados a abandonar a los miserables pacientes a toda prisa y correr al aire libre para evitar desmayarnos mientras los pobres tipos nos reprochaban con un grado de amargura que ninguno de nosotros se preocupó ni siquiera de pensar en resentirse por un momento<sup>31</sup>.

La batalla de La Albuera terminó como todas las batallas, en el horror y la desolación. Sin embargo, se había conseguido un éxito defensivo de alguna importancia. El mariscal Soult tuvo que abandonar su intento de ayudar a Badajoz, siendo el resultado que, ya llegado con refuerzos desde las tierras distantes de León, Wellington pudo empezar de nuevo el asedio de aquella plaza. Cabe decir, sin embargo, que esta no cayó en sus manos hasta el tercer asedio británico de la primavera de 1812. Pero lo que pasó en La Albuera presentó algunas ventajas más allá de la importancia de la batalla. Así parece que la resistencia extraordinaria de la infantería británica en La Albuera convenció a Soult que era inútil atacar a las fuerzas anglo-portuguesas en posiciones que ellas mismas habían seleccionadas de antemano. Así tanto en el río Caya en junio de 1811 como en el río Tormes en noviembre de 1812, Soult negó sancionar ataques frontales contra el Ejército anglo-portugués, mientras que la misma falta de voluntad agresiva se mostró por el general Auguste de Marmont en la campaña de El Bodón de septiembre de 1811. Se puede decir, entonces, que el precio terrible que pagaron los soldados de Beresford en la batalla del 16 de mayo trajo consigo un premio igualmente grande, es decir la iniciativa estratégica.

---

<sup>31</sup> *The Light Dragoon*, ed. G. R. Gleig, Londres 1855, p. 33 («at the village where we halted there arrived on cars, about 700 wounded men from Albuera, whose plight was as pitiable – I might have used a stronger expression, and said horrible – as it is easy for the human imagination to conceive. No doubt they had received, when first taken in hand by the surgeons, all the care which the nature of their condition would allow. But they had performed since that period a long journey, through a barren country, and under a broiling sun – and their wounds remaining undressed all this while, were now in such a state as to defy description. There was no lack of willingness on our parts to assist them. We soon cleared out the best houses in the place; spread straw, and, where we could find it, linen, for them on the floors, and gave ourselves up to the business of cleansing their hurts, the smell proceeding from which was fearful. Over and over again we were forced to quit the miserable patients in a hurry, and run out into the open air, in order to save ourselves from fainting; while they, poor fellows, reproached us, with a degree of bitterness which none of us cared, even in thought, to resent for a moment»).

Fue esto, sí, una ventaja de muchísimo valor, pero es muy dudoso si ni siquiera uno de los soldados desgastados intentando buscar algún descanso en medio de los horrores de la guerra, aquella noche lluviosa y fría del 16 de mayo de 1811, entendió que en aquel cerro fatal cuya conquista les había costado tantos amigos, habían cambiado el rumbo mismo de la guerra.

## Fuentes

### Memorias

- [William Brooke], «A Prisoner of Albuera: The Journal of Major William Brooke from 16 May to 28 September 1811», en: *Studies in the Napoleonic Wars*, ed. Charles Oman, Londres 1987, pp. 173-206.
- [Edward Charles Close], *The Diary of E. C. Close*, Sydney-Newcastle-Londres 1892.
- John Spencer Cooper, *Rough Notes of Seven Campaigns in Portugal, Spain, France and America during the Years 1809-10-11-12-13-14-15*, Londres 1914.
- [Charles Leslie], *Military Journal of Colonel Leslie, K.H., of Balquhain. Whilst serving with the 29th Reg.<sup>t</sup> in the Peninsula, and the 60th Rifles in Canada, &c. 1807-1832*, Aberdeen 1887.
- [Friedrich Lindau], *A Waterloo Hero. The Reminiscences of Friedrich Lindau*, eds. James Bogle y Andrew Uffindell, Londres 2009.
- [Robert Ballard Long], *Peninsular Cavalry General (1811-13). The Correspondence of Lieutenant-General Robert Ballard Long*, ed. Tom Henderson McGuffie, Londres 1951.
- Moyle Sherer, *Recollections of the Peninsula*, Londres 1824.

### Estudios

- Guy Dempsey, *Albuera 1811. The Bloodiest Battle of the Peninsular War*, Londres 2008.
- Peter Edwards, *Albuera. Wellington's fourth Peninsular campaign, 1811*, Ramsbury 2008.
- Charles J. Esdaile, *The Peninsular War: a New History*, Londres 2002.
- , *The Spanish Army in the Peninsular War*, Nottingham 2012.
- Edward Fraser, *The Soldiers whom Wellington led. Deeds of daring, chivalry and renown*, Londres 1913.
- Donald E. Graves, *Dragon Rampant. The Royal Welch Fusiliers at war, 1793-1815*, Londres 2010.
- The Light Dragoon*, ed. George Robert Gleig, Londres 1855.
- Rory Muir, *Britain and the Defeat of Napoleon, 1807-1815*, New Haven-Londres 1996.
- , *Inside Wellington's Peninsular Army, 1808-1814*, Barnsley 2014.
- Charles Oman, *A History of the Peninsular War*, 7 vols., Oxford 1902-1930.
- Juan José Sañudo Bayón, *La Albuera, 1811. ¡Glorioso campo de sufrimiento!*, Madrid 2006.
- Mark S. Thompson, *The Fatal Hill, The Allied Campaign under Beresford in Southern Spain in 1811*, Sunderland 2002.